



PALPAR LA IMAGEN

SELNICH VIVAS HURTADO

Profesor Facultad de Comunicaciones
Universidad de Antioquia

Ocho años. Treinta y dos viajes por los lugares más apartados del planeta. Un equipo de asesores que incluye esposa, hijo, expertos navegantes, pilotos, escaladores, traductores, diseñadores y cineastas. Aviones, helicópteros, autos, barcos, canoas, botes, globos voladores, trineos y, por supuesto, cámaras con los lentes más potentes para traducir las imágenes al blanco y negro. Así llegan las fotografías de Sebastião Salgado a convertirse, luego de un estricto proceso de selección, en una obra de 46,8 x 70 cm, 5,6 kg y 519 páginas. Para algunos, una declaración de amor al planeta. Para otros, una denuncia de la estupidez humana. En ambos casos, asistimos a una empresa monumental: ir al pasado para recuperar la conciencia de nuestra absoluta pertenencia a la naturaleza. En palabras de Salgado, durante las numerosas estaciones del peregrinaje, fueron comprendiendo “lo absurdo que es creer que la naturaleza y el hombre puedan existir por separado” (p. 6). Esa creencia, basada en las ilusiones del desarrollo, la extracción y la acumulación de bienes y servicios, llevó a la “pérdida de nuestra conexión con la naturaleza”. Lo que “representa un amenaza muy seria para la humanidad” (p. 6) pues les enseña a quienes habitan en las ciudades que no necesitan de la ballena, del albatros, del pingüino

Página anterior, Sebastião Salgado, detalle de la mano de una iguana marina, Islas Galápagos, 2004, p. 121.



Detalle de una tormenta en las montañas de Makay, Madagascar, 2010, p. 180.

para vivir. Por el contrario, en los confines del planeta, allí donde lo humano sigue integrado a la naturaleza, la vida pervive en biodiversidad, alimento y magnificiencia desde hace miles de años.

Por el documental *The Salt of the Earth* (2014), de Juliano Ribeiro Salgado y Wim Wenders, sabemos que el proyecto de Sebastião Salgado implicaba grandes tensiones ideológicas y contratiempos logísticos. De un lado, los viajes por el mundo buscaban ejemplos remotos de la pervivencia de la naturaleza en su estado más arcaico. Para llegar a esos lugares era indispensable el uso de las máquinas y de los recursos económicos que tanto mal le han hecho a la naturaleza. De otro lado, visitar las zonas alejadas del influjo humano moderno y habitar en culturas integradas a la naturaleza obligaban a una autocrítica en el contexto local. La familia de Salgado, propietaria de industrias latifundistas, había contribuido a la destrucción de la vida en Minas Gerais, la región más devastada por la minería en Brasil. El exotismo nostálgico de lo prístino lejano y el compromiso real por un cambio de vida son dos rutas complementarias y a la vez en discordia para un artista que había abandonado la profesión de economista para dedicarse a la fotografía. Intentar reforestar una extensa propiedad de la familia Salgado, devastada por la ganadería extensiva y la explotación maderera, y así recuperar —por medio del trabajo físico, es decir, por medio de la plantación de más de trescientas variedades de árboles nativos— la conexión con la naturaleza eran tareas imposibles de cumplir sin el apoyo de los grandes mecenas, de los dueños de multinacionales de las comunicaciones y el comercio.

Solo a un fotógrafo que cuenta con el apoyo económico de los grupos de poder le es posible acceder hoy con todas las garantías de seguridad y comodidad a regiones apartadas del planeta. A la Antártida, las Islas Galápagos, Madagascar, Papúa Nueva Guinea, Namibia, Etiopía, al Polo Norte, Alaska, Kamtschatka, Siberia y al Amazonas no se llega a pie desde Minas Gerais y menos cargado de equipos de grabación, luces, cantidades de medicamentos y comida. El apoyo empresarial gestaba, por consiguiente, un reto nuevo. Emplear los recursos de quienes más han afectado al planeta en la reeducación de la mirada humana en torno a la conservación de la naturaleza. Vender el proyecto, bajo la consigna de dar a conocer las maravillas naturales, comportaba al mismo tiempo propiciar el

despertar de la conciencia ecológica. Implicaba vender libros a un altísimo costo para continuar financiando la reforestación de las tierras mineras. En este tránsito de intereses, se ponen de acuerdo el economista y el artista. Salgado sabe administrar enormes recursos por una causa justa. El economista sabe que el dinero lo llevará a aquellas regiones a donde no ha llegado aún la sed del oro y del petróleo. El artista sabe que debe documentar, entre exotismo y monumentalismo, las imágenes de las edades de la Tierra. En las fotos de Salgado, el origen de la vida y las especies perviven desde hace millones de años en un tiempo presente.

La simultaneidad de eras geológicas y de épocas históricas ha sido producida por la intervención de por lo menos dos dispositivos: el ojo y la cámara. Ambos se juntan para crear una imagen en el momento de la obturación. Esa imagen no es la imagen que vería cualquier ojo, cualquier cámara, ni mucho menos cualquier habitante de los territorios fotografiados. En *Génesis*, el arte de Salgado cuenta con una dosis muy pequeña de encuentro fortuito y con una alta dosis de preparación, de escenificación. Salgado se toma el tiempo necesario para entender las condiciones atmosféricas del lugar. Adecúa su cuerpo de humano moderno, envuelto en ropas de marca, a los microclimas, a las tonalidades de la luz y a las dinámicas de los seres que habitan un territorio.


En cada fotografía hay recorrido, temeridad y sorpresa. Aunque no lo veamos, detrás de cada imagen hay un viaje. El fotógrafo se encuentra en movimiento. Se desplaza en un vehículo que lo transporta por el agua, por el aire, por entre los bosques y los desiertos. No hay duda de que la sensación que nos deja es la audacia. Quien acciona la cámara cuelga de algún lado o se asoma desde un globo o un helicóptero. También se acerca más allá de los límites permitidos ante el abismo, el jaguar, el elefante marino. Domina el aliento y el pulso, aunque su presencia queda registrada en la reacción de los fotografiados. Especialmente en el caso de los pobladores del Amazonas, de África, Siberia y Papúa Nueva Guinea. Los retratos que publica Salgado siguen gobernados por la mirada etnográfica del siglo XIX. Este intento por sustraerse de la escena, por capturar situaciones naturales, resulta en todo caso imposible. Quien observa siempre está allí con sus aparatos. La pequeña dosis de ficción que busca el artista es justamente lo que nos causa sorpresa: ¿Cómo

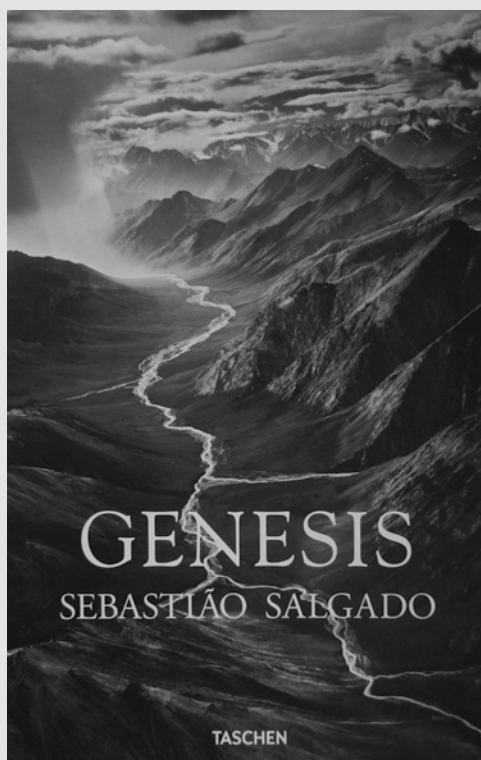


Detalle del bosque amazónico, São Gabriel da Cachoeira, 2011, p. 437.

le fue posible llegar hasta este punto y esperar hasta que fuera posible la confluencia esperada entre luz, seres y elementos?

Salgado le apuesta a la narrativa visual de la historia natural. Pasa de los paisajes monumentales, de las miradas desde el aire y la distancia a los habitantes (flora, fauna, humanos) del territorio y de allí a los pequeños detalles. Estas secuencias invitan a un ir y venir en el tiempo, a un comprender la totalidad desde los detalles. Esta técnica narrativa le permite trazar parentescos insospechados. Lo que vemos en una parte del mundo (la nieve, las montañas, los volcanes) tiene hermanas, hijas y abuelas en otros seres que viven a miles y miles de kilómetros de distancia. El blanco y negro crea una textura común a las especies y a los territorios. El sentido del tacto, cuando la mano degusta las imágenes, ayuda en este proceso de comprensión de datos e informaciones. De hecho, no es posible ver la imagen sin querer tocarla. La profundidad de campo, los matices, las intensidades de la luz, invitan a palpar las copas de los árboles, los ríos, las montañas de nieve. La piel de las columnas de basalto en Madagascar es tan tentadora como la del yacaré en el Pantanal brasileño. Eso es: asistimos a un engaño óptico, como si realmente pudiéramos estar allí para vivir la experiencia del fotógrafo y su equipo de apoyo.

Esa convicción de lo posible es la que reestablece el parentesco. Ver las vetas y las siluetas de las montañas a una distancia determinada, que las convierte en rostros de animales, nos ayuda a sentir que tal vez somos parte de la misma familia. La piel de una iguana marina de las Islas Galápagos, por extraño que parezca, ha dejado en nuestra piel las huellas de su ancestralidad. Esa mano de iguana es la que escribe estas líneas. 



Sebastião Salgado
Génesis
Köln: Taschen, 2013